



RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo III

# TÁNTALO

¿En qué corazón cabe la impía y horrible leyenda de que Tántalo, hijo de Zeus, sirviera en un banquete á los dioses las carnes de su propio hijo Pélope? Con justicia se le resistía al piadosísimo Píndaro el creer tan inhumanamente glotonos á los dioses. Hay, sin embargo, quien cree que se alimentan de hombres, y que no es sino refinación de la sangre humana, tal vez su incienso, la ambrosía. No así Píndaro. El piadoso cantor beocio estimaba que no debe atribuirse á los dioses sino acciones buenas, añadiendo que así es menor nuestra culpa. Si, porque siempre resulta culpa el atribuir algo, bueno ó malo, á los dioses. Es como cuando el niño atribuye algo al coco ó al perro.

No, Tántalo no pudo servir á los dioses en horrendo festín las tiernas carnes de su propio hijo Pélope, ni comió la voraz Demeter el hombro del niño antes de que Cloto le sacara de la caldera para rehacerlo poniéndole de marfil el comido hombre. Todo este espeluznante relato no puede pasar de ser una impía fábula forjada para desacreditar á los dioses y á los hombres. La verdad verdadera es la de Píndaro; que si á algún mortal honraron los olímpicos fué á Tántalo. Honraronle los dioses como al mortal que más honraron, pero Tántalo no pudo digerir su gran dicha.

Detengámonos un momento en esta robusta é íntima expresión del gran lírico tebano: Tántalo no pudo digerir su gran dicha. ¡Son tantos, tantos los mortales que no pueden digerir la felicidad! La felicidad no es cosa fácilmente digestible; es, más bien, muy indigesta. Los hombres que llamamos dichosos suelen padecer de asiento espiritual. El ayuno es tan conveniente para el alma como para el cuerpo. Los que han sufrido poco, los que han tenido la desgracia de que todo ó casi todo les saliera bien, los que han topado con pocos reveses, éstos languidecen en el tedio, que es una arterioesclerosis del alma.

Tántalo no pudo digerir su gran dicha, y al encontrarse con la felicidad la quiso inacabable para sí y para sus hermanos e sangre los demás mortales dotados de palabra, y robó á los dioses el néctar y la ambrosía, el vino y el pan de la inmortalidad, la bebida y el manjar con que uno se hace impercedero. Y desde Tántalo acá, y aun antes de él, no han dejado los hombres de buscar el pan y el vino de la inmortalidad.

«Pero si algún hombre espera hacer algo á hurtadillas de un dios, se equivoca», dice sentenciosamente, y á este mismo respecto del robo de Tántalo el mismo piadosísimo Píndaro. Y Zeus, que hizo encadenar á Prometeo á las rocas del Cáucaso por haberle robado el fuego y enseñado la ciencia del bien y del mal á los hombres, arrojó á Tántalo á los infiernos y le hizo inmortal, pero con la inmortalidad del dolor. Que es acaso la única posible.

Allí, en los infiernos, en la oscura morada de Hades, le encontró Ulises. Oigámosle tomando lugar entre los feacios:

«También vi á Tántalo, presa de acerbos dolores, de pie en la laguna. Llegale ésta á la barba, y él, de pie y sediento, no puede tomar de beber en ella. Cuantas veces se encorva el anciano, anhelando beber, otras tantas se le escapa el agua y aparécesele á los pies la tierra negra, que un dios enjuga. Unos altos árboles echan de lo alto fruta, peras, granadas y manzanas brillantes, dulces higos y lozanas aceitunas, y cuando el viejo se dirige á cogerlas con sus manos el viento las arrebatá á las nieblas tenebrosas.»

Así vió Ulises el castigo de Tántalo entre los de Sísifo é Ixión, y así se lo contó á los feacios, sólo que en hexámetros jónicos y no en prosa castellana.

Tántalo, no pudiendo digerir su gran dicha, la quiso eterna y dársela eterna á los pobres hombres; robó para ello á los dioses el néctar y la ambrosía, y los dioses le hicieron inmortal, pero, á cambio del néctar, no puede, sediento, coger con sus secos y escariados labios el agua de la laguna en que vive sumergido, y á cambio de la ambrosía, no alcanza con sus manos los frutos de los árboles que le dan sombra. El robado licor de inmortalidad le llena de una sed eterna y de un hambre eterna le llena el robado manjar de inmortalidad.

Y es que ni la dicha ni la verdad aprovechan cuando son robadas. El fruto del robo suele malbaratarse, y aun siendo él tan precioso como la verdad es, nos daña. Verdades ganadas con el sudor de la frente, que no robadas, son las que nos dan vida y dicha duraderas. Y las que nos tocan en donación y herencia gratuitas. Y el que quiera saber más de esto de las verdades robadas, pregúnteselo á Clemente Alejandrino.

¡Pobre Tántalo! ¿Llegarían acaso al lugar de su eterno suplicio, para consolarle en él, las palabras aladas de Ulises y los cantos de la lira beocia de Píndaro? Pues sabemos por el Dante que el consuelo de los condenados es que se hable de ellos aquí, en la tierra en que vivieron sin poder digerir la dicha ó la desgracia, y su mayor preocupación es que no los calumniemos los vivos.

No sabemos si á Tántalo le consolarían ecos de la lira de Píndaro, pero si sabemos que le amargaban aun más sus dolores las secas y frías burlas de aquel impío Luciano

de Samosata, el sirio. No contento este retornado á ironista con atribuir su suplicio á que le había robado un perro á Zeus, quien se lo dió para que le guardara con él su templo en Creta, hace que el cínico Menipo ponga en duda lo del suplicio. Es decir, que Tántalo no hacía sino una comedia. Los menipos tienen por comediantes á los tántalos.

«Este es el suplicio—dice Tántalo á Menipo;—que el alma sufra la sed como si fuera cuerpo.» Y el impío, el incomprensivo Menipo, que era impío, como suele suceder, por ser incomprensivo, le contesta: «Te lo creeremos, pues que dices ser castigado con la sed; pero ¿qué tiene de terrible para tí? ¿Es que acaso temes morir por falta de bebida? No veo que haya infierno después de este ó muerte que nos lleve á otro lugar.» El cínico Menipo no comprende que haya otra muerte después de la muerte, que los muertos mismos vuelvan á morir, ó mejor dicho, se mueran del todo. Para Menipo, á quien, como á todos los burladores, están cerrados los misterios, no existe el más místico de los misterios todos, el de la segunda muerte. Y Tántalo le responde: «Dices bien, y esta es parte de mi castigo: desear beber sin necesitarlo.» Imposible parece que aquel cabeza de chorlito de Luciano—cabeza de chorlito como casi todos los burlones de profesión—hubiera oído á Tántalo una tan profunda sentencia y la hubiese retenido. El castigo de Tántalo es, en efecto, desear beber sin necesitarlo. Fétido orgullo llamó Leopardi al hambre y sed de inmortalidad. Pobre Leopardi, Tántalo también! Menipo se siente filósofo, y al despedirse le dice á Tántalo: «Ten ánimo, Tántalo, que ni tú ni ningún otro de los muertos beberá: es imposible; aunque no todos, como tú, pasarán por castigo sed de agua que no les aguarda.» Y Menipo se fué, creyendo sin duda, haber dejado consuelo á Tántalo. Porque Menipo cree que sus burlas son consoladoras, y que el descubrir lo ridículo de algo es el mejor medio para libertarnos de ello. ¡Pobre Menipo!

Y ahora, del suplicio de Tántalo sabemos hoy, al correr de tantos siglos, muchos; hase hecho proverbial, sobreviviendo á las ruinas del paganismo. Pero de las causas de ese suplicio, de lo que le hace eterno, eterno como la piedad de Píndaro el beocio y las burlas de Luciano el sirio, de eso sabemos pocos.

¿Qué vale la dicha? ¿Qué vale la felicidad para el pobre mortal, que no es sino sueño de una sombra como el mismo Píndaro le llamó egregiamente? No podemos digerir la felicidad y buscamos hacerla eterna. Y tratamos de escalar el cielo, ó de que un águila nos arrebatase á él como arrebató á Ganimedes, para robar el néctar y la ambrosía á los dioses, y ser como ellos, sabedores de la ciencia del bien y del mal y eternos sobre todo. Sobre todo eternos. Lo que no es todo, no es sino nada; lo que no dura siempre es como si no pasara, y ese robado licor de inmortalidad nos sumerge en la laguna del agua vi-

va, real, de la hermana agua, que es preciosa y humilde y casta, y esta agua se hurta á nuestros labios secos y ardientes de sed, y esa robada ambrosía nos pone á la vista ricos frutos que el viento nos arranca de las manos. Y así sufrimos sed sin necesitar agua, y el alma es la que sufre. Y sufre, además, los razonamientos de Menipo, del sensato y burlón Menipo. Sensato y burlón, sí, porque la forma aguda de la sensatez es la burla. Sansón Carrasco, el Menipo castellano, el sensato, era el burlador; Don Quijote, el Tántalo caballeresco, era el burlado. Y toda la grandeza de Don Quijote fué ser burlado por los hombres como toda la grandeza de Tántalo fué ser burlado por el agua. Y el modelo divino de grandeza para los hombres, el Cristo, cuando apareció más grande, en el Tabor ó en el pretorio, cuando entre burlas dijo de él Pilato, de la casta de Menipo, aquello de: «¿he aquí el Hombre! He aquí el Hombre! El Hombre no aparece sino cuando es blanco de la burla; el hombre Cristo y el hombre Quijote.

Y va que traemos á cuento á Don Quijote, quédanos por decir que aún falta por contar las singularísimas hazañas y proezas que llevó á cabo el Caballero de la Triste Figura en el otro mundo, en la mansión de los muertos, cuando bajó allá y se puso á enderezar los entuertos ultramundanos de la historia y del destino. Allí topó con Sisifo, con Ixión, con Tántalo, con Aquiles, con Alejandro, con César; allí topó también con los que había visitado el Dante. Y la emprendió á lanzada limpia con Eaco y Radamanto y mató á Cérbero y repitió con los condenados lo que en este mundo había hecho con los galeotes, rogando á los que de ellos eran infieles que se dejasen bautizar por él antes de salir de los infiernos. Y allí tuvo con Tántalo unas sabrosas pláticas sobre la felicidad y el néctar y la ambrosía. De este néctar procede el bálsamo de Fierabras.

¿Qué se dijeron Tántalo y Don Quijote? ¿Qué Don Quijote y Prometeo, hermano de Tántalo en desgracia? Orfeo guarda el secreto y los quijótidas debemos esperar á que nos lo

revele y esforzarnos por hacernos dignos de recibir esa revelación. El más luminoso de los secretos órficos es ese de la bajada de Don Quijote á los infiernos con el heroico propósito de librar á los suplicidos todos y cerrar después para siempre las puertas donde está escrito que se deje toda esperanza.

¡Tántalo, Tántalo! ¿No es la esperanza acaso el alimento de tu eterna angustia? ¿No es ella, no es la esperanza, la que te impide morir de sed, de sed de un agua que dijiste á Menipo no necesitar? Al fin se te colmaron, Tántalo, tus anhelos; así debemos creerlo, cuando tu hermano Don Quijote te libertó de tu suplicio dándote á comer ambrosía y á beber néctar de nuevo, y desató también á Prometeo de su roca y mató al buitres que le devoraba sin cesar las siempre renacientes entrañas. Y ahora, Tántalo, ¿qué dice Menipo?